Boletín 98 Editorial

JULIO-AGOSTO DE 2002

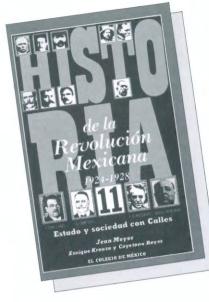
Homenaje a Juan Miguel Lope Blanch

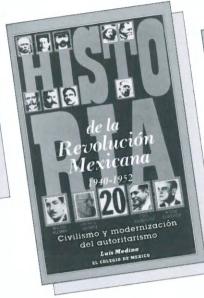
100 millones de mexicanos ... nada más

México y España en el primer franquismo

El Colegio de la Frontera Norte

REIMPRESIONES



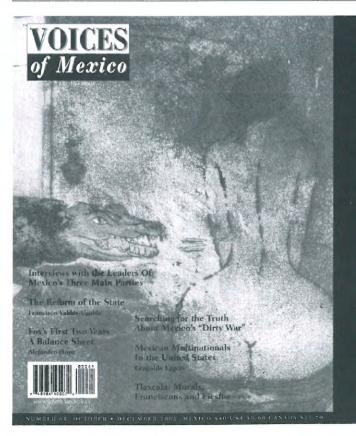






EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx



Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico* editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.



SUSCRIPCIONES

Canada 203, Col. San Lucas, 04030 Mexico, D.F. Teléfonos y fax: 5336-3601, 5336-3558, 5336-3595 5336-3596 and 5336-3449

e-mail: voicesmx@servidor.unam.mx



Jorge Bustamante y El Colegio de la Frontera Norte ■ *Mario Ojeda* ■ 3

100 millones de mexicanos ... nada más ■ Julieta Quilodrán ■ 7

El mapa de la producción lingüística de Lope Blanch • Rebeca Barriga Villanueva • 15

El Atlas lingüístico de México: una aventura desde el principio • Raúl Ávila • 21

Un texto sobre actos verbales deónticos

Rubén Chuaqui 25

México y España en el primer franquismo, 1939-1950 ■ Víctor L. Urquidi ■ 29

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., Teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente Andrés Lira González Il Secretario general David Pantoja Morán Il Coordinador general académico Marco Palacios Rozo Il Secretario académico Alberto Palma Il Secretario administrativo Humberto Dardón Il Director de Publicaciones Francisco Gómez Ruiz Il Coordinador de Producción José María Espinasa Il Coordinadora de Promoción y ventas María Cruz Mora Arjona

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 98, JULIO-AGOSTO DE 2002

■ Diseño Irma Eucenia Alva Valencia ■ Diagramación y formación Ezequiel de la Rosa Mosco ■ Corrección Gracia Francés Sánchez e Ismael Segura Hernández ■

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.



Jorge Bustamante y El Colegio de la Frontera Norte*

Estamos aquí reunidos para rendir un justo reconocimiento a Jorge Bustamante por su brillante trayectoria académica como profesor e investigador. Jorge se ha distinguido nacional e internacionalmente por su desempeño académico y es considerado como el experto número uno en México sobre temas de migración. Se le considera también entre los mejores en el mundo. Prueba de ello es el hecho de que fue invitado a fungir como asesor en materia de migración por parte de las Naciones Unidas.

Jorge es poseedor del Premio Nacional de Ciencias Sociales y del Premio Nacional de Demografía o sea, de dos premios científicos nacionales, algo difícil, por no decir imposible de encontrar en la comunidad académica mexicana. Por otra parte, es profesor titular de la universidad norteamericana de Notre Dame. Y por si esto fuera poco, Jorge es también, el fundador de El Colegio de la Frontera Norte.

Jorge se ha caracterizado como académico por su agudeza y originalidad, por su profundidad y visión. Prueba de ello es que se hizo pasar por indocumentado para vivir en carne propia esa experiencia con miras a la superación de sus estudios empíricos en este campo. La metodología desarrollada para cuantificar los flujos migratorios a través del Cañón de Zapata es una prueba adicional de mi aseveración.

También nos bemos reunido el día de hoy para congratularnos por la recuperación de Jorge del fuerte ataque a su salud que sufrió hace poco tiempo. Por eso quiero decirle a él, a nombre de todos nosotros, lo siguiente: Jorge, te deseamos que vivas muchos años con plenitud de salud, para bien de los estudios sobre migración y sobre la frontera. Como es bien sabido, Jorge se distinguió siempre como un incansable conferenciante viajero. Tanto viajó por el mundo, que se llegó a decir de él que se quería parecer a Dios, pues "está en todas partes y nunca se le puede ver". Jorge: queremos que te mantengas siempre vigoroso y dinámico y viajando por el mundo.

Un tercer motivo que nos reúne es el de celebrar el 19 aniversario de El Colegio de la Frontera Norte, institución ligada en forma indisoluble al nombre de Jorge Bustamante. De aquí que quiera concentrar el resto de mis palabras en esta institución, pues es quizás el mayor reconocimiento que pueda hacerle a Jorge Bustamante.

Debo empezar por decir que el hecho de que El Colegio de la Frontera Norte haya cumplido ya 19 años, significa que es una institución plenamente consolidada. De esto debe sentirse muy orgulloso el propio Jorge Bustamante y personas que lo acompañaron en esta empresa. Su actual Presidente, el Dr. Jorge Santibañez, tiene también sobradas razones para sentirse orgulloso. Yo mismo me siento muy orgulloso de ello por la pequeña parte de responsabilidad que me corresponde de este éxito.

Conocí a Jorge en 1975, en un programa de televisión en el que participamos para comentar los pormenores de un viaje del entonces presidente de la República, Luis Echeverría, a Estados Unidos. Yo era entonces Secretario General de El Colegio de México y como ya existía en la institución el proyecto de crear un programa de estudios de la frontera, lo invité a platicar conmigo sobre el tema, pues de inmediato me pareció la persona idónea para encargarse de

^{*}Con motivo del 20 aniversario de El Colegio de la Frontera Norte, que se conmemora en el presente año, se publica este texto que fue leído por su autor, el profesor Mario Ojeda, con motivo del homenaje que se le rindió en ese Colegio, al Dr. Jorge Bustamante, el 10 de septiembre pasado.



llevar a la práctica esta idea. Poco después, el Presidente de El Colegio de México de aquel entonces, Víctor Urquidi, aprueba el proyecto y nombra a Jorge su coordinador. Arranca este proyecto en 1977 con modestos recursos pero con grandes ambiciones y perspectivas.

Sin embargo, pronto surgirá la idea de que es más conveniente llevar a cabo este tipo de estudios in situ, o sea en la propia frontera. En consecuencia se somete el asunto a la consideración del subsecretario de Educación Superior, en aquel entonces Eliseo Mendoza, quien no solamente lo aprueba, sino que lo acoge con gran entusiasmo. Sólo solicita se cumplan dos condiciones. Primero, que la nueva institución nazca como un proyecto de descentralización de El Colegio de México y no de mera desconcentración. O sea, que la nueva institución sea independiente de El Colegio de México, en el sentido de tener sus propias autoridades y su propio presupuesto, así como sus propias políticas académicas. Esta primera condición era importante, pues tanto la Universidad Nacional como el Politécnico Nacional habían establecido en diferentes estados de la República programas que no eran sino extensiones de estas instituciones y que eran manejadas desde la ciudad de México.

La segunda condición es que se lleve a cabo un estudio de factibilidad, para investigar cual es el lugar más conveniente dentro de la frontera norte, para establecer el nuevo centro de estudios. Esta segunda condición se derivaba del hecho de que un grupo distinguido de neoloneses tenía interés de crear un centro así, con apoyo del gobierno federal, en la ciudad de Monterrey, localidad que no es propiamente un lugar fronterizo.

La primera condición se atiende mediante la idea de crear una asociación civil con la participación de la propia Secretaría de Educación Pública, el gobierno del Estado correspondiente, la Universidad local y desde luego El Colegio de México.

La segunda condición se cumple mediante la realización de un profundo estudio de factibilidad. Dicho estudio concluye que conforme a indicadores tales como migración, comercio, finanzas, turismo y cruces fronterizos, Tijuana es el lugar con mayor vocación fronteriza.

En consecuencia, en 1981 se establece en Tijuana el Centro de Estudios Fronterizos, pero todavía como un programa de El Colegio de México. Es en 1982, ya con la participación del gobierno del Estado de Baja California, de la Universidad Autónoma de Baja California, de la Secretaría de Educación Pública y El Colegio de México, que surge el Centro de Estudios Fronterizos como una institución independiente. Más tarde, éste cambiará su nombre al de El Colegio de la Frontera Norte y se incorporará el Conacyt como nuevo miembro de la asociación civil.

El bautizo del Centro, o sea la firma de su acta constitutiva el 6 de agosto de 1982, quedó marcado por dos importantes acontecimientos. El primero fue la devaluación del peso del día anterior. La devaluación no nada más mermó los recursos financieros de la institución sino que puso a prueba su futuro.

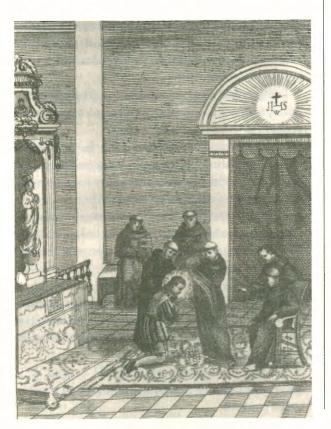
El segundo fue cuando el gobernador del Estado solicitó a Jorge, a viva voz, durante la ceremonia de inauguración, que su equipo académico fuera a investigar porque la gente estaba comprando más dólares en San Isidro California que en Tijuana, no obstante el precio menor que las casas de cambio mexicanas pedían por la venta de esa moneda.

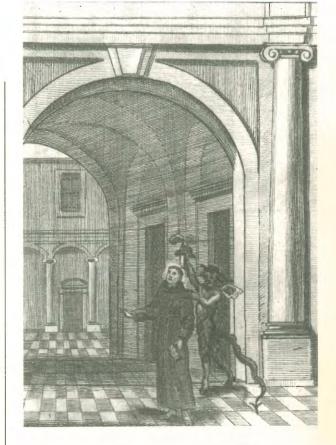
Este fue un momento crucial para el futuro de la nueva institución. Se hizo un silencio de hielo, pero Jorge, sin perder aplomo, le contestó: señor gobernador, como dije hace un momento en mi discurso de inauguración, esperamos que tanto el gobierno como la sociedad del Estado nos tengan paciencia, pues los frutos de las instituciones académicas tardan en madurar y se cosechan a mediano y largo plazos. El gobernador, con un movimiento de cabeza asintió de inmediato, afortunadamente, por bien del futuro y la autonomía de la institución.

A propósito de autonomía, Jorge solía decir que se había decidido a hacerse columnista en los periódicos por dos

razones: una para darle mayor visibilidad al nuevo Centro y otra para poder defenderlo de posibles presiones de tipo político. Debo confesar que en lo personal siempre he pensado que la tarea académica no es enteramente compatible con la periodística, por una sencilla razón: el académico debe matizar sus conclusiones, lo cual resulta aburrido para el lector de periódicos, mientras que el columnista debe poner las cosas en blanco y negro y concluir con juicios contundentes. Sin embargo, debo aceptar que en su caso, Jorge Bustamante tenía razón, pues era más importante ayudar a que despegara bien la nueva institución y protegerla de posibles presiones.

En un principio a los tijuanenses no les hizo mucba gracia que un grupo de chilangos viniera a estudiarlos. Pero con el paso del tiempo y al irse incorporando personal local al cuerpo académico, la institución fue cobrando carta de ciudadanía. Entre los primeros chilangos estaban Alberto Hernández y Jorge Carrillo. De Tepito y la Roma Sur, para ser precisos. Entre los primeros locales, Mella Malagamba y Manuel Valenzuela. Aunque ninguno de ellos era propiamente tijuanense, si eran, sin embargo, bajacalifornianos: de Ensenada la primera y de Tecate el segundo. También se dio el caso contrario: chilangos que nunca "se hallaron" viviendo en la frontera. Tijuana, sin





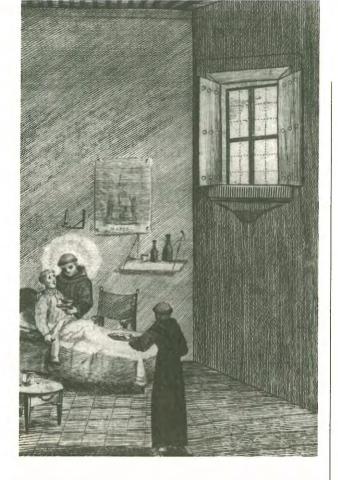
embargo, tiene en común con la ciudad de México la generosidad de haber recibido migrantes de todo el país.

Todas estas experiencias, aunadas a las de El Colegio de Michoacán, que se había constituido con anterioridad, se fueron sumando hasta constituir un cuerpo doctrinario que vino a conocerse con posterioridad como "El decálogo de los colegios". A continuación doy a ustedes ejemplos de este decálogo, en la inteligencia de que algunos de ellos ya han sido superados.

—El nuevo instituto deberá constituirse sobre la base de una asociación entre el Gobierno Federal, el Gobierno del Estado en cuestión, la Universidad local y una institución académica de la ciudad de México.

—La participación del Gobierno Federal es indispensable, no meramente por su aportación económica, sino como garantía para la viabilidad del nuevo instituto. La presencia del Gobierno Federal servirá para protegerlo de los vaivenes de la política local; para coadyuvar a preservar su autonomía académica y en general para equilibrar el peso del Gobierno del Estado. Por estas razones la aportación financiera federal no deberá ser menor a 40% del presupuesto del nuevo instituto.

—La participación del Gobierno del Estado –en base a una contribución económica mayoritaria— se considera esencial tanto por su aportación financiera, como porque constituye el compromiso expreso de apoyo al nuevo ins-



tituto. Por otra parte, significa el certificado de naturalización que dará legitimidad al nuevo instituto ante la sociedad local. La participación del Gobierno del Estado puede ser también un apoyo para atraer la cooperación económica del sector privado local.

—La participación de la Universidad estatal se considera importante para legitimar, ante la comunidad universitaria local, la presencia de una nueva institución académica en el Estado. En consecuencia, la relación entre ambas instituciones no deberá ser meramente formal, sino que se procurará la cooperación real —en la medida de las posibilidades— a fin de minimizar los riesgos de confrontación.

—La participación de una institución universitaria de la ciudad de México se considera importante debido al respaldo académico que requiere el nuevo instituto. Aquélla deberá ayudar a preservar el carácter académico y apoyarlo en base a su mayor experiencia y conocimiento. Esto último mediante asesorías concretas y a través de profesores visitantes y otro tipo de colaboraciones. Sin embargo, el nuevo instituto deberá ser autónomo en cuanto a su política académica y al manejo de su presupuesto.

—Se deberá evitar que el nuevo instituto se cree durante los finales del mandato de un gobernador a fin de evitar que el cambio de gobierno suceda antes de su consolidación. Por otra parte, tanto el Gobierno del Estado como de los municipios y los organismos privados locales deberán abstenerse de exigir al instituto frutos concretos inmediatos. En otras palabras, tanto el gobierno como la sociedad locales, deberán tener paciencia durante la etapa de consolidación del nuevo instituto y se abstendrán de exigirle lo que por naturaleza y edad no pueda aportar.

—El directivo principal –que de acuerdo con la práctica podrá llevar el título de presidente o director general– deberá ser elegido por periodos de cuatro o cinco años y podrá ser reelegido por una sola vez.

—El directivo principal deberá ser un académico –no confundir con un intelectual o con un político en disponibilidad— de reconocido prestigio, capaz de atraer a su alrededor a un grupo de investigadores probados o prometedores para que constituyan el núcleo inicial del cuerpo académico del nuevo instituto.

—Dicho directivo deberá ser de preferencia oriundo del Estado o subregión en la que se vaya a instalar el nuevo instituto, a menos de que la función de éste sea el estudio de asuntos distintos a temas meramente locales y regionales. En caso de ser oriundo, mas no residente de dicho Estado o subregión, deberá haber mantenido vínculos constantes con el lugar.

—Es conveniente que los programas existentes y aquellos que se establezcan en el futuro sean objeto de evaluaciones externas periódicas, pudiendo ser los evaluadores investigadores nacionales o extranjeros.

—La planta de profesores-investigadores deberá estar integrada por personas con clara vocación académica y que, de preferencia, posean títulos de posgrado.

—La comunicación sistemática entre los académicos -formal e informal— es requisito indispensable para la creatividad intelectual, por tanto los profesores-investigadores deberán residir en la ciudad sede.

—Se procurará un presupuesto financiado en base a contribuciones equilibradas del Gobierno Federal, estatal y fuentes propias a fin de fortalecer la autonomía de la institución.

Con el paso del tiempo los colegios fueron asimilados al llamado sector paraestatal de educación superior, mejor conocido como grupo de centros SEP-Conacyt y muchas de estas reglas perdieron vigencia.

Señor Presidente, colegas y amigos: El Colegio de la Frontera es una gran institución. Cuidémosla entre todos. Muchas gracias. €

JULIETA QUILODRÁN

100 millones de mexicanos ... nada más

Para México como para la mayoría de los países del mundo, el siglo xx fue el siglo de la transición demográfica, la cual se caracterizó por tasas de crecimiento de la población, desconocidas hasta entonces. El descenso de la mortalidad comenzó en los años treinta, o sea, unos treinta años antes de la disminución de la fecundidad, lo que explica la velocidad con la cual creció la población. A pesar del millón de muertos que cobró la Revolución mexicana (cuya etapa armada duró de 1910 a 1918), el país contaba, en 2001, con un número de habitantes ocho veces mayor que el que tenía en 1913: cien millones en lugar de trece (gráfica 1).

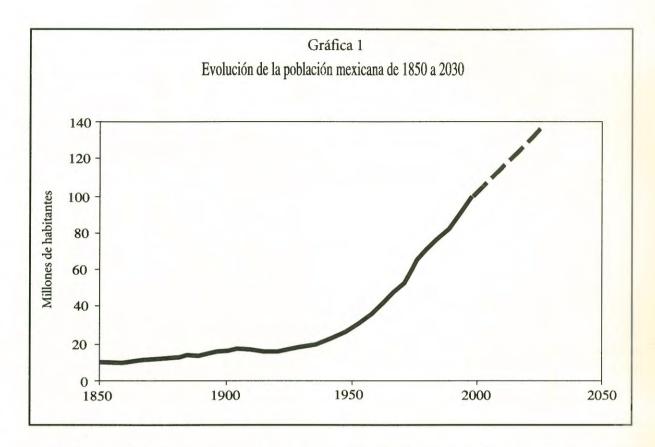
Hace cuarenta años, se pronosticaron 150 millones

El momento exacto en que se alcanzaron los 100 millones de habitantes varía entre abril y octubre del 2001 dependiendo de la proyección de la población que se adopte. Sin embargo, la exactitud de la fecha es poco importante en comparación con el hecho de que los alcanzó 10 años más tarde de lo previsto por los pronósticos hechos en los años sesenta. Si la fecundidad se hnbiera mantenido al nivel de aquellos años, la población se habría duplicado una vez cada veinte años y hoy contaríamos por lo menos, con 150 millones de mexicanos. En la hipótesis baja, las proyecciones de población anunciaban para el año 2000, 132 millones de habitantes. Con estas predicciones era difícil

Las pirámides de edades de 1930, 1970 y 2000 dan cuenta de esta evolución (gráfica 2). En 1930, la población comenzaba a reponerse de las secuelas de la Revolución y no superaba los 16.5 millones de habitantes. Para 1970 se había multiplicado por tres, alcanzando 48.3 millones de habitantes, de los cuales la mitad tenía menos de 15 años, mientras que en el año 2000, al aproximarse a los 100 millones (98.9), se torna evidente el efecto del descenso de la fecundidad sobre la disminución de la proporción de jóvenes. De 1970 al año 2000, la relación de dependencia (relación entre el número de personas económicamente activas -15 a 64 años- y el de personas inactivas -los niños de menos de 15 años y las personas de 65 años y más-) cayó de 1.00 a 0.66%, lo cual significa que la carga de las personas económicamente activas se redujo en una tercera parte. Dado que quienes están y estarán todavía durante un tiempo incorporándose a la población económicamente activa, provienen de las generaciones más abundantes, la carga seguirá disminuyendo en los próxi-

imaginarse que el ritmo de crecimiento disminuyera: la población crecía a 3.5% anual, mientras el discurso oficial y la legislación eran abiertamente pronatalistas. La política del gobierno cambió drásticamente en 1973 al aprobarse la Ley General de Población que dio lugar a acciones cuyo propósito explícito fue reducir la fecundidad. Una vez promulgada esta ley, el Programa Nacional de Población para el periodo 1976-1982 estableció como meta una tasa de crecimiento anual de la población de 1% para el año 2000. Aun cuando este objetivo estuvo lejos de ser alcanzado (la tasa actual se aproxima a 2%), México contaba, en el año 2000, con 53 millones de habitantes menos que si la fecundidad se hubiera mantenido al nivel que tenía en 1970.

¹ Según algunas otras estimaciones los 100 millones se alcanzaron en el año 2000.



mos 25 años, para luego volver a incrementarse como consecuencia del envejecimiento demográfico.

• EN LA ACTUALIDAD, MENOS DE TRES NIÑOS POR MUJER

La evolución de las tasas brutas de mortalidad y de natalidad² está marcada por las convulsiones de la Revolución (gráfica 3). En 1900, la tasa bruta de natalidad era de 36‰ y la tasa de mortalidad 34‰; ambas se mantienen próximas hasta 1910 razón por la cual el crecimiento de la población durante este lapso fue bajo. En los años siguientes este crecimiento se vuelve incluso negativo como resultado del alza extraordinaria que registró la mortalidad durante el conflicto revolucionario. Como consecuencia también de este último, el sistema estadístico se desorganiza provocando que las estimaciones disponibles para los años veinte sean escasas y poco confiables. Luego de un leve descenso la tasa de natalidad se incrementa de manera sostenida entre 1920 y 1930 producto de la recuperación de los matri-

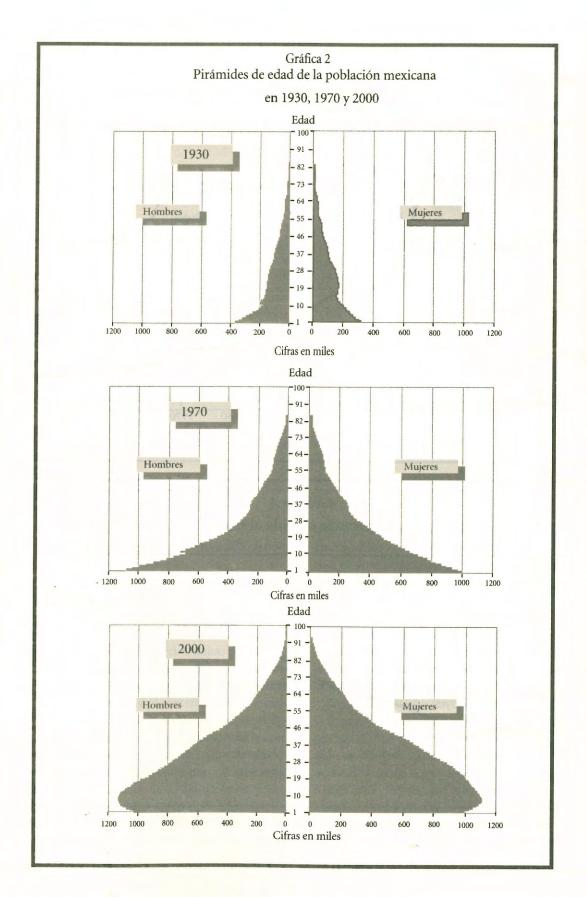
monios y de los nacimientos postergados. Posteriormente y durante un largo periodo se mantiene alrededor de 45‰ (de 49‰ en 1930 pasa a 43‰ en 1970) antes de descender, de manera pronunciada, durante el último cuarto de siglo, alcanzando el año 2000 un nivel inferior a 30‰. La tasa de mortalidad por su parte, no deja de disminuir durante este mismo periodo: 27‰ en 1930, 10‰ en 1970 y menos de 5‰ en la actualidad.

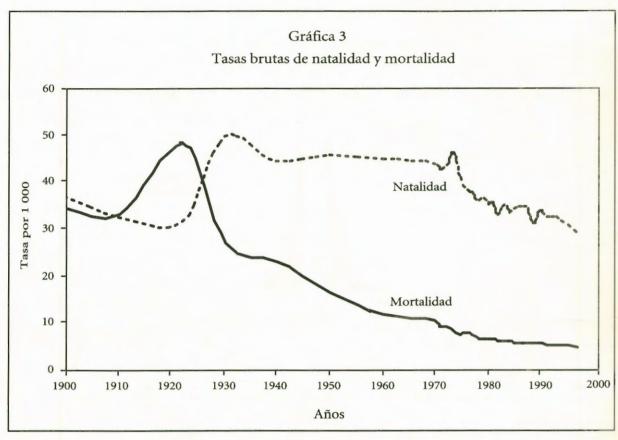
Ante el retroceso de la mortalidad general y, todavía más de la mortalidad infantil,³ la esperanza de vida no deja de crecer aunque a un ritmo más lento desde los años sesenta: menos de 30 años en 1900, en 2000 el doble que en 1930 y con una brecha entre hombres y mujeres que se amplía progresivamente hasta alcanzar casi cinco años en los últimos veinte años (gráfica 4).

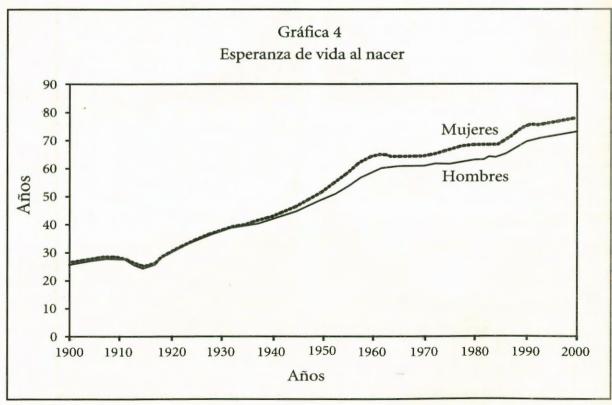
La fecundidad, estimada a través de la tasa global de fecundidad, alcanza su cúspide hacia 1965 con un promedio de 6.9 hijos por mujer, antes de iniciar un rápido descen-

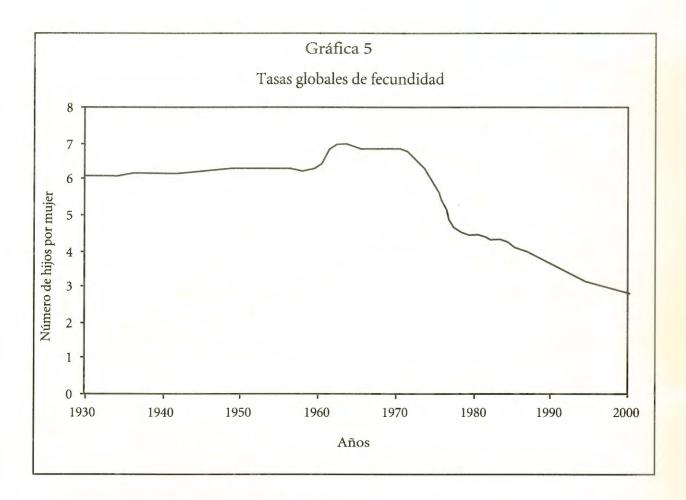
² Existe controversia respecto a la fiabilidad de los registros de nacimientos contenidos en las Estadísticas Vitales y por ende, de los niveles de las tasas de natalidad.

³ La mortalidad infantil disminuyó más rápido que la mortalidad general. A pesar de que las estimaciones para 1930 discrepan mucho entre sí, se puede afirmar que la tasa para ese año superaha los 250‰. Ella cayó a 65‰ en 1970 y a solamente 25‰ en 2000.









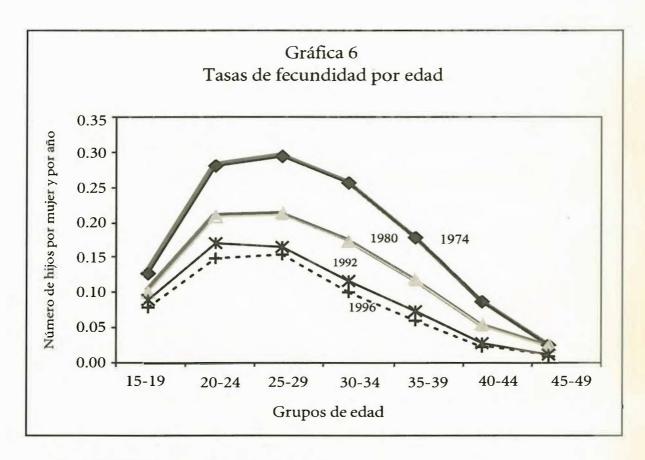
so que la lleva a establecerse en un nivel de 2.8 hijos en el año 2000 (gráfica 5). La disminución observada afectó a todos los grupos de edades (gráfica 6).

•SIETE DE DIEZ MUJERES RECURREN A LOS ANTICONCEPTIVOS

¿Qué papel jugó la nupcialidad en el descenso de la fecundidad? La nupcialidad legal comenzó a incrementarse desde los años veinte y las alzas coyunturales que se observan resultan de la recuperación de los matrimonios después de la Revolución y de la obligación impuesta por el Estado de celebrar la ceremonia religiosa después de la civil, única reconocida como legal (gráfica 7). La tasa de nupcialidad, número anual de matrimonios por mil habitantes, oscila alrededor de 7‰ desde 1940, con altibajos ligados más bien a las campañas oficiales en favor de la legalización de las uniones libres. Sin embargo, este indicador tiene el inconveniente de dejar de lado las uniones no legales y con ello, reducir la importancia de la nupcialidad en su acep-

ción más amplia. De cualquier forma, se estima que los matrimonios representaron en el transcurso del siglo xx más de 80% del total de las uniones conyugales. Hoy, las mujeres contraen su primera unión alrededor de los 22 años en promedio y los hombres alrededor de los 24. La edad de las mujeres a la primera unión, fuera ésta legal o no, comenzó a postergarse ligeramente desde hace algunas décadas; esto ocurrió, sin embargo, diez años después que comenzara a bajar la fecundidad de modo que no habría contribuido a reducirla.

En realidad, el factor clave que explica la disminución de la fecundidad es el acceso masivo a los métodos anticonceptivos. En 1976 menos de una de cada tres mujeres en edad de procrear regulaba su reproducción en comparación a la situación actual donde 7 de cada 10 lo hacen. En cuanto a los abortos, que la ley continúa prohibiendo, se estima que cerca de una de cada 5 mujeres casadas o unidas han tenido al menos uno en su vida, su proporción estaría, en todo caso, tendiendo a bajar: 22% en 1987 y 19% en 1997.



•La ciudad de México, segunda megalópolis del mundo

Al igual que el resto de los países de la región, México experimentó una urbanización acelerada entre 1940 y 1970 con tasas de crecimiento de la población urbana que superaban 5%. Por esta razón, tres cuartas partes de los mexicanos viven hoy en poblaciones de más de 15 000 habitantes, en lugar de un quinto como en 1930 (cuadro 1). Las condiciones de vida relativamente mejores en las ciudades habrían provocado un éxodo rural cuya velocidad tornó, hasta cierto punto, incontrolable el crecimiento de éstas, la presión sobre la propiedad propició la ocupación de tierras entre los recién llegados y la construcción de viviendas muy precarias, especialmente en los municipios limítrofes de la Ciudad de México, donde se concentraron la mayor parte de las olas de inmigrantes. Este es justamente el origen de la zona metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), aglomeración que en la actualidad, con sus 18.2 millones de habitantes, es la segunda megalópolis del mundo después de Tokio.

¿Cuándo dejará de crecer? A pesar de que lo esté haciendo ahora a un ritmo menor que el resto del país (1.5% de

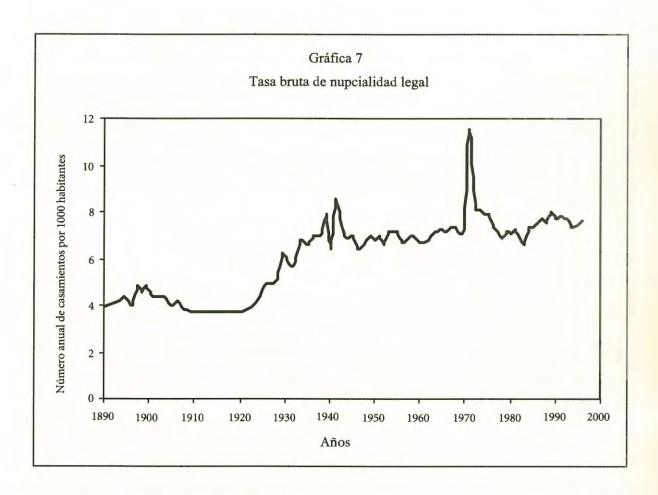
Cuadro 1 Población urbana (más de 15 000 habitantes) y de la zona metropolitana de la Ciudad de México

	Año 1900					BEE
The state of the s		1930	1940	1950	1970	2000
Población urbana (%)	-	17.5	20.0	28.0	45.0	74.7
Población ZMCM (Miles)	345	1 049	1 560	2 872	8 400	18 234

Fuente: INEGI.

crecimiento anual), podría alcanzar los 20 millones de habitantes en el año 2010. Cantidad menor que los 25 millones anunciados hace treinta años por las proyecciones. No solamente el crecimiento natural de la Ciudad de México se ha hecho más lento, otra serie de factores han contribuido al éxodo de sus habitantes, entre ellos la recesión económica, el terremoto de 1985, la inseguridad, la contaminación del aire y en general, la degradación de la calidad de vida.

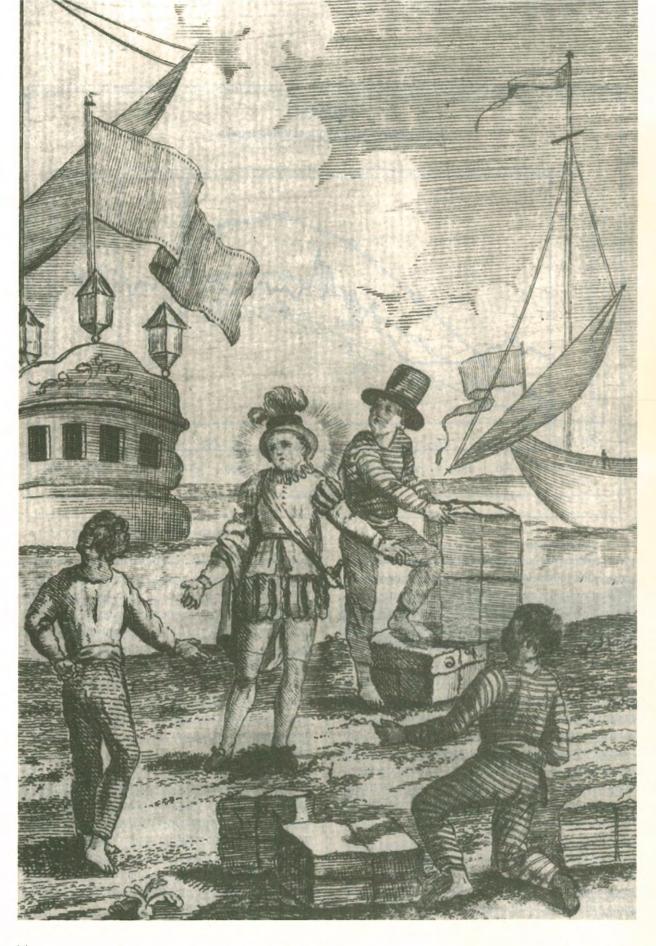
Esta breve presentación de la población de México estaría incompleta sino tomáramos en cuenta la migración hacia el exterior del país. La extensa frontera con Estados Unidos así como razones de orden histórico la han propiciado desde siempre. Constituye por lo demás, un tema de



preocupación para ambos países desde el momento que se trata de una emigración, en gran medida, de indocumentados y en constante expansión. En estos momentos residen en Estados Unidos 8.5 millones de personas nacidas en México, con un saldo anual de entradas y salidas estimado aproximadamente en 300 000 emigrantes. De aquí que la tasa neta de crecimiento de la población de México sea de 1.7% anual en lugar de 2%. Además la migración hacia Estados Unidos está adquiriendo un carácter cada vez más definitivo y diversificado en cuanto a las zonas de procedencia a diferencia de lo que ocurría en el pasado cuando era básicamente temporal. Sin embargo, cualquiera que sea la evolución futura de esta migración, su importancia para la economía mexicana es primordial por cuanto las transferencias monetarias que la acompañan representan más de 6 000 millones de dólares cada año, o sea una cantidad equivalente a las divisas que deja el turismo.

Tres fechas clave marcan el tránsito de México hacia un nuevo régimen demográfico: 1930, con un crecimiento anual de 2% y una tasa de mortalidad que empieza a disminuir; 1970 cuando registra el máximo de su crecimiento (3.5%) y la fecundidad está empezando a declinar; y la época actual cuando traspasa el umbral de los 100 millones de habitantes. La población actual es muy diferente de la de 1930 tanto por su volumen como por su estructura por edad y su ritmo de crecimiento. Esta transformación responde, en gran medida, a las mejoras del sistema educativo y de salud. No obstante, con todo y el progreso conocido persisten rezagos importantes respecto a las necesidades de una población que continúa creciendo y que aspira a mejores condiciones de vida en momentos que debe hacer frente a un nuevo desafío: el envejecimiento.

En cuanto al futuro, las proyecciones de población estiman que México podría alcanzar el nivel de reemplazo alrededor del año 2020 y el estado estacionario hacia el 2050. En suma, puede decirse que el país logró manejar relativamente bien su demografía no así su desarrollo socio-económico, ámbito en el que tuvo mucho menos éxito. Gran parte de sus habitantes siguen sumidos en la pobreza, especialmente los indígenas, que constituyen la fracción menos favorecida de la población. €



El mapa de la producción lingüística de Lope Blanch¹

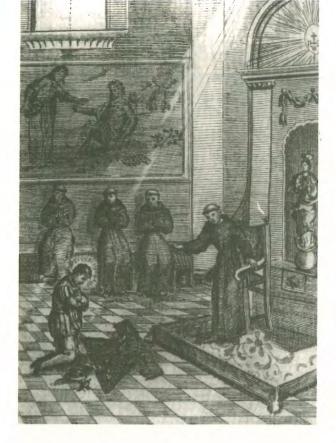
Homenaje a Juan M. Lope Blanch 50 años de docencia

esde muy joven conocí a Lope. Sí, así, Lope, como le decíamos todos cariñosa, temerosa o respetuosamente. Ese Lope sobrio, adusto, enigmático, sereno, constante, respetuoso, crítico, puntual, consistente, siempre consistente maestro Lope. El de la wau y la yod -de la 1ª a la 4ª-, que nos hicieron aprender en sus clases de Historia de la Lengua como verecundja se convierte en vergüenza, y como el tripalium, instrumento de tortura, se transforma en el multiusado trabajo, merced a la dinámica evolución del sistema. El Lope de los apuntes de Español Superior guardados en su desgastada carterilla de cuero donde cláusulas y oraciones se yuxtaponían, o se acomodaban coordinada o subordinadamente en pequeñas fichas para dar cuenta de las estructuras de una lengua llena de misterios y de múltiples posibles combinaciones de formas, funciones y significados. Era el polémico 68, yo tenía apenas diecisiete años y él estaba ya en pleno esplendor académico, empezaba a ser un paradigma en la Facultad de Filosofía y Letras. Recuerdo que me revisó mi tira de materias, ¡mi primera tira de materias! Muy serio, con una sonrisa casi imperceptible, me preguntó: "¿Cuál materia le gusta más?" -la de Literatura de los Siglos de Oro,

-"A mí la Dialectología"-, como todo en aquel momento, la palabra dialectología me sonó mágica y fascinante por la fuerza que me inyectaba su sonido y por el deseo que me guiaba a descubrir su significado. Esa misma noche tuve mi primer encuentro en el Diccionario de la Real Academia con la ciencia de los dialectos, los mapas y las isoglosas. Procuré volver a encontrar a Lope en los pasillos de la Facultad para hablar con él sobre mis incipientes conocimientos de dialectología; aunque mis intentos por charlar con él fueron infructuosos, el encuentro se dio de manera formal en el salón de clases. Desde entonces, por diversas circunstancias de la vida, para mí, el referente de Lope (amén del mundo oracional e interclausular) ha sido un Atlas con todas las acepciones que su significado pueda tener. La mitológica, en la que Lope, como el Atlas de Mercator, cargaba en sus espaldas un mundo de conocimiento lingüístico, o la acepción anatómica, ésa que nomina atlas a la primera vértebra cervical que sostiene a la cabeza, así como Lope que fue una de las piedras fundantes en la formación de la lingüística mexicana moderna, o simplemente la acepción común y corriente de esos conocidos y coloridos Atlas escolares, donde los mapas como "pañuelos o servilletas", según expresa su significado de diccionario, despliegan en su superficie la prolija información de una especial geografía sembrada con ideas lingüísticas creativas. En efecto, la palabra atlas me hace evocar a Juan M. Lope Blanch y su especial amor por los mapas. Como estudiante del Doctorado en Lingüística del CELL, recuerdo sus clases de Dialectología los soleados y calurosos jueves de abril a las doce del día en su estrecho cubículo de El Colegio de México con mis compañeras Marianna Pool y Denisse Hett. El calor era agobiante y el sopor nos invadía,

y ¿a usted?, le dije con timidez-, él contestó contundente

l Cuando mis colegas me invitaron a participar en el Homenaje al profesor Lope Blanch por sus cincuenta años de docencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, tuve dos reacciones inmediatas y simultáneas; una, de agradecimiento; otra, de deseo de presentar ahí algo lo más ortodoxo posible desde el punto de vista académico, pero lo más humano posible desde mi experiencia personal de largos años de contacto continuo con él. Por desgracia, el Homenaje tuvo que postergarse. Cuando se retomó la idea de hacerlo ya in memoriam, se agudizó mi segundo deseo: el hablar desde mi recuerdo. Permítaseme, por tanto, usar en esta ocasión la primera persona continuamente y salirme de los cánones lingüísticos de la nota a pie de página y el rico aparato crítico.





no obstante, Lope se entusiasmaba y nos hablaba del significado de los grandes Atlas del mundo, de lo avanzado de los peninsulares, de la importancia de la geografía lingüística, del problema de la delimitación de las zonas dialectales en nuestro país, del diseño de cuestionarios, y de la búsqueda de informantes idóneos y de edad razonable y confiable que, con las múltiples realizaciones de sus hablas, esparcieran de norte a sur la riqueza polimórfica del español de México. Todo el sentir teórico y metodológico de Lope se vertía con pasión en mapas mentales o reales que le servían de marco perfecto para explicar lo que la lengua puede cambiar pasando de una isoglosa a otra, de una región a otra, de un clima tropical a otro extremadamente frío. Parecía como si los mapas fueran para Lope el lugar de acogida de la esencia de la lengua: cambio y transformación. Más tarde, desde otra perspectiva, presencié de manera directa y vívida su compromiso rotundo por cristalizar su obra y, con la suya, la de muchos otros lingüistas mexicanos en los tomos del Atlas lingüístico de México. Llegado el momento de publicarlo, no hubo puerta que se le cerrara o jerarquía que le impidiera buscar lo mejor y más novedoso en tipografía o edición para sus mapas. No había obstáculo alguno para dar a conocer la labor de décadas de investigación. Y lo logró, el Atlas se publicó bajo los mejores sellos editoriales -El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica- y con una calidad óptima

de impresión. Tras largos años de trabajo, fueron apareciendo los tomos enormes del Atlas, uno de fonética, otro de la fonología, otro más de léxico, todos en su conjunto, delineando en múltiples mapas los rasgos distintivos del español de México. La salida del primer tomo en 1991, me ofreció la magnífica oportunidad de debutar como presentadora de libros. Fue en Jalapa, en la Universidad Veracruzana, en un salón literalmente abarrotado de maestros y estudiantes. Hablar del Atlas y su valor en la lingüística mexicana fue un interesante reto que me hizo construir para mí misma y de forma más significativa el sentido de los mapas, la dialectología y, sobre todo, el papel que jugaban en el desarrollo de la lingüística mexicana, en aquel momento de plena ebullición. Lope, sobrio, como siempre, me agradeció con generosidad mi presentación porque -me dijo-, había captado el sentido de una obra que se plasmaba en mapas a un tiempo que los trascendía.

Así que, en este Homenaje, quiero construir un pequeño mapa, en donde, desde mi recuerdo y mi experiencia, seguramente compartidos por muchos lingüistas (Lope sabía crear polifonía e intertextualidad), pueda destacar los puntos más interesantes, que Lope bordó en el amplio pañuelo de su geografía personal como lingüista y que marcaron los hilvanes de otras muchas geografías. Un mapa sui generis en el que se acomodan, como en la geografía humana, protagonistas y personajes que abo-

naron la tierra de Lope, que me permita rastrear los relieves más destacados dentro de la orografía montañosa de su producción filológica y lingüística, donde, además, fluyan los ríos y las corrientes de pensamiento lingüístico que defendió congruentemente a lo largo de su vida; en fin, presentar de manera panorámica algunos de los frutos más jugosos de las muchas parcelas que creció en su mapa y que sembró en el de otros muchos.

EL ESPAÑOL DE MÉXICO

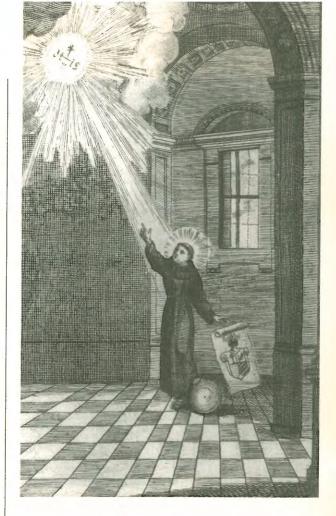
Delinear los contornos del mapa lopeano no es difícil, se perfila una especie de cara de larga y puntiaguda nariz, el contorno de España que se confunde poco a poco con las fronteras al cuerno de la abundancia que semeja el territorio mexicano. De norte a sur y más allá del sur y del norte, Lope estudió todas la variedades del español mexicano. Hispanista por convicción, desde su llegada a México sintió una irresistible atracción por la riqueza lingüística de este español mexicano:

[...] y dado nuestro casi absoluto desconocimiento del español mexicano, resultaba indispensable determinar cuáles serían las zonas dialectales en las que podía estar dividido el país[...] nos contentábamos con llegar a determinar cuántas y cuales eran las principales modalidades del español mexicano y cuál aproximadamente el dominio territorial de cada una de ellas.²

Esta atracción se convirtió en necesidad de explicar y dar cuenta de un español tan igual y tan diferente del peninsular, y de reiterar con insistencia el lema de la unidad en la diversidad.

La caracterización del español de México, ya en su manifestación culta o popular fue de hecho la gran meta a alcanzar. Todo discípulo de Lope se vio envuelto, de una forma u otra, en el frenesí de los adverbios, verboides, adjetivos, cláusulas relativas, perífrasis, vocales caedizas o cualquier otro fenómeno de las hablas mexicanas [...] El español de México nutrió con buena leche el gran tema de Lope: el polimorfismo, *leiv motiv* de su obra dialectológica:

el resultado más notable y obvio de nuestras encuestas es el acusado y complejo polimorfismo de las hablas mexicanas [...] Polimorfismo en todas sus formas como realización de fonemas mutantes, como alternancia de formas establecidas



y como realizaciones indiferentes de formas establecidas [....] Polimorfismo perturbador que me hizo dudar en algunos momentos de toda posibilidad de sistematización congruente y satisfactoria.³

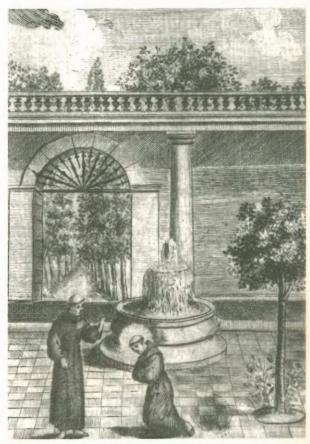
¡Y vaya si fue perturbador! que además de ser motivación para llenar páginas y páginas de la obra de Lope, le ocupó más de 25 años de la labor de investigación de Lope en El Colegio de México, cristalizada en el *Atlas lingüístico* de México.

El español de México intrigaba, atraía, cuestionaba a Lope. Sus palabras le gustaban, lo seguían en una búsqueda incesante de sus orígenes, de sus nexos con otras lenguas en las que entró en contacto, de ahí que los moyetes, los mosquitos y los escarabajos o el cogote y el tocayo poblaran su producción lingüística. Pero si de palabras se trata, no podemos dejar de meucionar su estudio sobre el vocabulario de la muerte en México del cual decía: "es en verdad impresionante la riqueza de las expresiones mexicanas que alu-

²Lope Blanch, Juan M., "Dialectología mexicana y sociolingüística", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 23 (1974), p. 1.

³ Lope Blanch, Juan M., *Atlas lingüístico de México, t. 1: Fonética,* El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, México, 1990, pp. 15 y 17 (Estudios de Dialectología Mexicana, 4).





den a la muerte"⁴. Espléndido y erudito estudio éste en torno de las formas de nombrar a la muerte donde nos da una jugosa muestra de las innovaciones expresivas del español de México: sacrificar, carnear, matancear, apretar el cogote, apiolar, escabechar, en relación con las palabras de otras hablas de América y España.

Junto con el del polimorfismo los otros ismos son lugar de llegada obligada en el mapa de Lope. Siguiendo la ruta de su producción nos encontramos que los indigenismos, anglicismos, extranjerismos, regionalismos, antillanismos, canarismos, nahuatlismos, arcaísmos, americanismos fertilizan con enjundia las tierras de Lope.

EL ALMA GRAMATICAL DE LOPE

¿Quién estudiante de Letras en la Facultad de Filosofía de la UNAM o de cualquier otra institución no se enfrentó al

⁴Lope Blanch, Juan M., "Algunas expresiones mexicanas relativas a la muerte", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 15 (1961),

modelo gramatical ideado por Lope de contar oraciones, cláusulas y periodos? ¿Quién que haya pasado por sus clases de Español Superior I y II no recuerda el análisis de la subordinada: ;"Quien canta su mal espanta"? ¿Quién no localizó sistemáticamente nexos, analizó el régimen, notó el papel de la concordancia, descubrió los secretos de los tiempos y los modos verbales con tal de resolver una de las famosas pruebas de Lope? En esencia él era un gramático. Apasionado por los vericuetos de la forma y las funciones y casado fielmente con su ideas sintácticas propuso una definición propia de ese resbaladizo y controvertido concepto de oración reducido a la sencilla fórmula de relación de un sintagma o expresión bimembre Sujeto-Predicado con carácter eminentemente predicativo, como paso imprescindible para su no menos controvertida y productiva clasificación en oraciones simples compuestas, coordinadas yuxtapuestas y subordinadas.

Aunada a esta clara y probada vocación gramatical está su veta filológica y su amor a la historia de la lengua formando una tríada inseparable en su obra. Así en la diacronía Berceo, Jerónimo de Texera o Diego de Ordaz le sirvieron para recoger estados de lengua, modos de rela-

pp. 67-80.

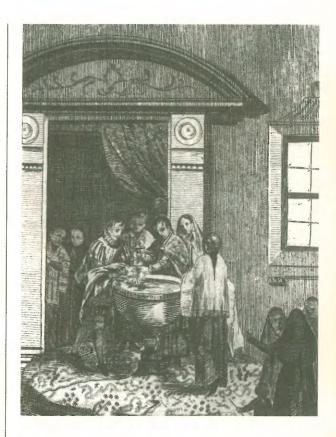
ción morfosintáctica, léxico en mundos culturales e historias sociales lejanos ya de las formas y usos del español actual. En el mapa de Lope se abrió un profundo surco para la lingüística histórica, que se ha ido llenando poco a poco de magnífica simiente por sus discípulos o los discípulos de sus discípulos, quienes realizan estudios de un sin fin de procesos del español, que si bien se tratan dentro de nuevos marcos de explicación, emanan de la inquietud por una tradición muy acariciada por Lope. En la sincronía, los estudios de la cláusula y la estructura del discurso en cuentos y narraciones literarias o populares muestran también a un Lope eminentemente filólogo que siempre iba a la literatura por la lengua y a la lengua por la literatura.

UNA VETA POCO ATENDIDA

Lope fue prolijo y versátil, ¡qué duda cabe!, por ello se explica su intensa labor como reseñador, poco mencionada en su obra, pero relevante por su significado. A la par de sus investigaciones individuales siempre hubo un espacio para presentar, analizar o rebatir el trabajo de otros autores, ya contemporáneos ya clásicos, de la lingüística hispánica. Consciente de su valor, Lope con sus numerosas reseñas hacía accesible el conocimiento lingüístico, al tiempo que formaba una estructura necesaria para el fortalecimiento de la tradición lingüística en México. Autores (Bello, Criado del Val, Coseriu, Rabanales, Lapesa, Moríñigo, García de Diego, Alvar, Lázaro Carreter, entre muchos otros) y Revistas (Al Andaluz, Boletín de la RAE, Nueva Revista de Filología Hispánica, Revista de Filología Española, Anuario de Letras) fueron parte permanente de la labor lingüística de Lope, rasgo distintivo poco común en la labor lingüística más ortodoxa de los tiempos modernos.

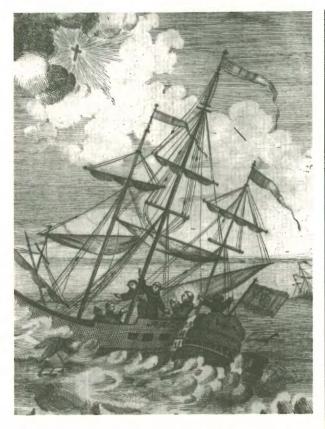
DE LAS DIVERGENCIAS Y CONVERGENCIAS

No podría decir si Lope era un hombre de controversias o más bien era un hombre de firmes convicciones. Lo que sí sé es que el ancho y espacioso mapa de su producción no podría estar completo si no entráramos en el acalorado terreno de algunas de sus ideas. De todos era conocida la defensa a ultranza de su definición de oración y cláusula frente a lo que para él eran los equívocos y confusos usos de la escuela norteamericana que sólo contribuían –a su entender– a tergiversar el



análisis gramatical canónico. Demostró ampliamente lo útil de su punto de vista sobre la cláusula y apoyó con denuedo el uso que él proponía ante su desuso, no importando los argumentos en pro o en contra: "el concepto y aun el nombre mismo de cláusula parecen estar a punto de desaparecer de la escuela gramatical española. Tal desaparición de consumarse sería en verdad una pérdida lamentable e injustificada".5 Con la gramática transformacional de origen americano tampoco pudo reconciliarse nunca. Para él, el sistema de arborescencias para representar relaciones gramaticales, lejos de ser adecuado era absurdo pues los pretendidos árboles de la generativa, no eran tales, eran más bien "escobetillas", que escondían la esencia de la relación sintáctica. Nunca pudimos convencerlo de lo contrario. Otro tema clásico de tensión con él era la relación dialectología vs sociolingüística. Sin negar su importancia, siempre supeditó la segunda a la primera. Para él era meridiano el proceso: la sociolingüística, nacía merced a la existencia previa de la dialectología. Cuando éramos sus alumnas, solía provocarlo pregun-

⁵ Lope Blanch, Juan M., "La cláusula y el análisis del discurso", Nueva Revista de Filología Hispánica, 28 (1979), pp. 1-29.



tándole porqué consideraba a la Sociolingüística como la hija bastarda de la Dialectología o en el mejor de los casos como su hermanastra. Sin perder la ecuanimidad, pero incómodo por tan necia pregunta contestaba: "Labov sólo repite lo que ya Correas y Villalón en su tiempo dijeron de manera original y más clara". Le parecía que era una especie de reinvención ociosa de la escuela norteamericana lo que cou más tino y precisión habían dicho los gramáticos de los Siglos de Oro español. Tampoco disimulaba su discrepancia aute las apreciaciones intuitivas o conclusiones erróneas de algunos autores en torno a hechos de la realidad lingüística de México y de sus realizaciones concretas de habla. Pese al respeto y manifiesta admiración que les tenía, nunca estuvo de acuerdo con Henríquez Ureña y su propuesta – "un tanto ingenua e improvisada" – de la división dialectal de México o con Manuel Alvar en torno a su superficial conocimiento sobre el habla de Yucatán. Para Lope las propuestas de glotalización de Alvar eran endebles pues era un sonido que él sólo "había oído de paso" y merecía trabajarse más por su relevancia en el habla yucateca. En cuanto a los estudios de habla infantil, a pesar de mis frustrados intentos por convencerlo, nunca logré que Lope admitiera que la investigación en este campo era no sólo importante sino necesaria y que podía contribuir al avance de la lingüística. Cuando supo que mi tesis doctoral iba a girar alrededor de este tema me dijo categórico: "un niño no puede ser un informante confiable, por definición no es un hablante completo. ¿Está usted segura de que quiere trabajar con ellos?" ¡Lope y sus convicciones!

Pero por otro lado, era una delicia ver caminar a Lope por las tierra de sus convergencias y oírlo hablar de sus autores favoritos Nebrija, el licenciado Villalón, Sánchez de las Brosas, Correas, Covarrubias o Andrés Bello a quienes les confería la autoridad para explicar con cabalidad los intersticios de la lengua española. Karl Bühler era uno de los contados modelos no hispánicos de Lope, tanto que tomó el ya mencionado esquema de enunciado bimembre Sujeto-Predicado para construir su conocida definición de oración.

Con los otros —sus pares— dialogaba en un tú a tú frontal, a veces con un tono un tanto ríspido, a veces, con otro amable y suave. Gili Gaya, Seco o Alarcos, no se libraban de ser pasados a juicio por su definiciones de cláusula o por el análisis de tal o cual estructura oracional, sobre todo aquellas de conformación sintáctica compleja por su cercanía con la semántica: ¿cómo delimitar la difusa frontera entre causalidad y finalidad, o cómo establecer linderos entre indicativo y subjuntivo?

Lope construyó su mapa personal a lo largo de muchos años de docencia y de investigación. Cincuenta años ininterrumpidos de trabajo y dedicación que sólo se detuvieron por la fuerza incontenible de la muerte. Años dorados que crecieron a la par de la ciencia lingüística y sus transformaciones teóricas y metodológicas. Años en que la lingüística mexicana empieza a despegar con vuelo irrefrenable. Cincuenta años de plenitud que merecen ser rastreados, meditados, estudiados, refutados, apoyados.

En suma, los relieves de este mapa panorámico son: hispanismo acendrado, sensibilidad ante la variación dialectal, interés profundo en todas las manifestaciones de la lengua desde la fonética hasta la semántica que subyace a las oraciones de todo tipo. Curiosidad permanente por el discurso literario como fuente rica y profunda de información gramatical. Compromiso con la formación de una escuela lingüística mexicana. Búsqueda de respuestas de la sincronía eu los trazos de la diacronía.

No, el verdadero amor de Lope no era la Dialectología. Su amor era la lengua en cualquiera de sus manifestaciones y ese amor supo inocularlo en sus estudiantes. Yo fui una de ellas. C

El Atlas lingüístico de México: un aventura desde el principio

dodo esto empezó, para mí, cuando estudiaba la licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras. Allí conocí a un maestro ordenado e incómodo, pero muy enterado y muy motivante. Un maestro que me enajenó desde el principio con sus comentarios sobre los atlas lingüísticos europeos y sus antecedentes del siglo xix. Me impresionó sobre todo cuando nos contó la aventura del primer atlas lingüístico moderno, el de Francia de Jules Gilliéron, y su colaborador Edmont, a quien muchos de nosotros admirábamos ya que fue escogido porque no era lingüista -era tendero- y, al no serlo, carecía de un cierto tipo de prejuicios pero, en cambio, tenía un excelente oído. De acuerdo con esto, todos los que deseábamos participar en los prolegómenos -creo que así se dice- del Atlas lingüístico de México estábamos casi seguros de que el futuro director de la obra, nuestro querido y recordado Juan Lope Blanch, nos aceptaría. A nuestro favor estaba el hecho de que todavía no eramos lingüistas, y de que algunos de nosotros eramos lo suficientemente afinados como para atrevernos a entonar canciones folklóricas. Ya en El Colegio de México, para confirmar nuestro nivel auditivo, Juan y sus colegas Antonio Alatorre y Margit Frenk, aprovechaban las fiestas que hacían en sus casas para probar nuestras voces y nuestros oídos, pues nos exigían que cantáramos por lo menos el "Cielito Lindo", "La Bruja" y "La Petenera". La velada literario musical, por cierto, terminaba con el coro del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios cantando -gerundio correcto (cf. Lope Blanch 1972)- "Soy un pobre venadito". La voz era asunto aparte, pero el hecho es que aprobamos el examen de oído. Cabe recordar que en esas etapas iniciales del Atlas, por la mitad de los años sesenta, estábamos condenados a grabar no sólo informantes in situ, según las reglas de Gilliéron y de-

más, sino también cantantes de pueblo y camino, como colaboración al gran *Cancionero folklórico de México*, obra dirigida por Margit Frenk, que puede considerarse prima hermana del *Atlas* (la obra, claro).

Para reforzar aún más la vocación de los futuros investigadores, en El Colegio nos dieron, en 1964, un curso de dialectología enfocado a todos los tipos de recopilación de materiales y atlas habidos y por haber: por correspondencia, en el lugar, por naciones, por regiones. El profesor del curso fue nada menos que el admirado Manuel Alvar, a quien siempre recordaré. Alvar nos enseñó, además, que había que tener mucho cuidado con los informantes: no debían ser ni muy jóvenes ni muy viejos, no fuereños sino lugareños, no viajados sino asentados y, en lo posible, hombres. Además -y esto lo remarcaba don Manuel- no deberían estar desdentados, como él decía, aunque, bueno... podía faltarles cuando mucho un incisivo o diente delantero, pues así podríamos ver cómo pronunciaban los fonemas interdentales e incluso alveolopalatales, si un rayo de sol llegaba a iluminar por el rumbo de la dentadura del sujeto. Por eso -y de acuerdo con la metodología dialectaldesde los primeros viajes, unos años más adelante, nos acostumbramos a contar chistes a nuestros posibles informantes. Cuando se reía el sujeto, veíamos si estaba chidesmolado, mocho, molacho, molanco, tlanquesho, clenquecho, tlancoto, choco o ventanudo, de acuerdo con el lugar donde vivía (véase el mapa 758). A continuación decidíamos, de acuerdo con el número y la posición de los dientes ausentes, si lo contratábamos o no. Por otra parte, de acuerdo con mis notas de clase, las gentes instruidas no convenían. "Un estudiante, un boticario, un maestro, un cura -cito de mis apuntes- son sujetos detestables", claro..., como informantes, porque las personas



con estudios olvidan o no conocen las formas del lugar.

Para seguir los cánones, era necesario -como dije- entrevistar a los informantes in situ. Afortunadamente no había limitación en cuanto al lugar del pueblo, porque todos los investigadores -es decir, los exploradores, como veremos más adelante- descubrimos que por el centro era casi imposible hacer las grabaciones o aplicar los cuestionarios. Como todo mexicano sabe, no hay pueblo que no tenga por lo menos un santo, y no hay santo que no sea festejado con cohetes, ferias con "Caballitos" (carrusel, para los que desconocen el mexicanismo), "Sillas Voladoras" (supongo que se entiende en todas partes), buñuelos, enchiladas y altavoces. Todo esto, claro está, estropeaba las grabaciones. Por eso nos íbamos a las afueras, donde enfrentábamos otro problema: el aire, al mover las copas de los árboles hacía que las grabaciones, al ser analizadas en el espectrógrafo, tuviera a cada momento sonidos de más de 20000 ciclos por segundo. Así descuhrimos que el mejor lugar para la encuesta era el desierto, una lancha en medio de un lago, o una celda de alguna cárcel donde, por cierto, la gente se prestaba gustosamente a ayudarnos. También descubrimos, desde el primer viaje, que para cargar las grabadoras Butoba se requería fuerza y prestancia: eran una especie de necessaire grande y pesado de señora rica y "ruca" que se

maquilla a cada rato. Afortunadamente, al paso del tiempo contamos con aparatos Uher e incluso, para los días de fiesta, con una grabadora marca Nagra.

Otro detalle: el adecuadamente llamado "explorador" en el cnrso de Alvar tenía que ser nativo... pero, ¿de dónde? Porque uno no podía ser nativo de cada pueblo que visitaba. Se trataba de ser nativo de la región. ¡Y los extranjeros que estaban dispuestos a colaborar? Porque había varios. Pues tendrían que dedicarse a cargar las grabadoras y a ubicar los micrófonos adecuadamente. Así que, gracias a estos aspectos epistemológicos, algunos de nosotros conseguimos a veces lacayos güeritos -gringos y europeos- e incluso algunos suramericanos. Por las mismas razones epistemológicas, el director del Atlas no hizo ninguna encuesta. Como sabemos, Juan M. ceseaba y pronunciaba eses apicoalveolares graves, complementarias a sus cetas. Además, por aquellos años decía un alto número de españolismos que, junto con su ceseo y su carácter, podrían haber condicionado al informante.

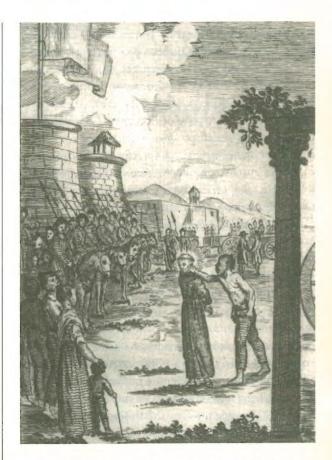
Lope Blanch, en cambio, además de dirigir el Atlas hizo un buen número de artículos sobre esa obra, varios de los cuales se mencionan en el tomo I. En ese mismo tomo, en la "Introducción", Juan da cuenta de la concepción, los inicios y el desarrollo del proyecto, y no se queda allí. Además de explicar cómo se redactó el cuestionario definitivo tras dos etapas de preparación, y cómo se hizo la selección de las localidades y de los informantes, también da información sobre cómo fueron seleccionados los investigadores del Atlas. En realidad se trató de una autoselección en la que los exploradores fueron sustituyéndose unos a otros en la carrera de relevos a lo largo de los caminos de México que significó la aventura del Atlas. En la etapa final, como explica Lope, quedaron sólo cinco valientes, dos de los cuales están en esta mesa: Juan López Chávez y José G. Moreno de Alba. A ellos y a todos los que participaron –y me disculpan que me incluya- habrá que felicitarlos por su vocación, su constancia, y su resistencia a los tacos con salmonelas, a las chinches, mosquitos, víboras y demás bichos que encontraron durante su recorrido por los caminos de este extenso país.

Aparte de todo esto, para adentrarnos en la aventura, ya impresa, conviene que sepan que, de acuerdo con el *Atlas* (tomo I, mapas 5 a 7) en México la relajación vocálica no es tan frecuente. Esto se confirma en la actualidad, pues la mayoría las pronuncian plenas y sólo uns pocs las relajan, como los futbolists que entrevistan por televisión. También el *Atlas* (mapas 8 y 9) nos hace ver que son pocus los muchachus de los pueblus que dicin así las vocalis. En la actuali-

dad, en alguno de los sitios que he visitado de nuevo, el cierre de e, o resulta, según mi impresión auditiva, cada vez más escaso. El Atlas muestra además, en sus mapas sintéticos, un buen número de personas con aspiraciones -y hacen bien en tenerlas, aunque sean de eses implosivas. Sin embargo, de nuevo a partir de mi impresión, parece que esos sujetos, aunque sean de Tabasco, pierden las eses aspiradas, sobre todo cuando vienen a la capital y se quedan a trabajar en el centro histórico. Lo que en cambio no pierden, y va ampliando su frecuencia y su dispersión geográfica, según parece, es la ene velar final de palabra, ante lo que sea. Quizá se debe a que el nivel de conciencia lingüística no llega a lugares tan profundos de la cavidad oral. Por eso la pronunciación que se escucha en [kapitá_], [imá_], [sakristá_] (mapas 65 a 67) cada vez se acerca más a la ciudad de México, e incluso ya se escucha en algunas conferencias de prensa que se dan a las 6 de la mañana. Claro, como era de esperarse, Yucatán es región aparte. Allí se prefiere la pronunciación con m ante pausa: dicen [trém], [sartém], [siém] (mapas 94 a 96), e incluso [leóm] (mapa 109), como en "Dame otra cerveza Leóm". Esta pronunciación, que se escucha en el corazón de la zona maya, también es característica de la ciudad de Popayán, al sur de Colombia. Una profesora de ese lugar me explicó que se debía, conforme a Martinet, a hechos de economía fonética: al hacer una pausa, como sabemos, de todas maneras hay que cerrar la boca.

En cuanto a los tomos de morfosintaxis, quiero señalar que, hasta la fecha, mantengo algunas posiciones irreductibles en contra de ciertas normas. Por eso continúo tercamente diciendo "yo se la compré" —la vaca a las patronas o a los ganaderos—, e incluso "yo se lo compré" —el toro a los ganaderos o a las patronas (mapas 566 a 569). Cuando recorro de nuevo los pueblos y ciudades del *Atlas*, escucho que cada vez más personas insisten en comprárselas (la vaca) y en comprárselos (el toro) a las patronas y a los ganaderos. También me obstino en que no me fuercen a hablar de cierta manera, cuando la mayoría de mis paisanos, tercamente, insisten en que me forzan por mi bien, para que no despierte yo sospechas connotativas.

Por mi manía de aplicarme a mí mismo una política lingüística que corresponde al español general y no al individual, incluso he perdido tiempo y dinero por seguir pensando que si "hasta el viernes pagan", puedo ir a cobrar a partir de hoy, pero no después del viernes. Lo peor de todo esto es que sigo sin entender cómo puede alguien estar llegando más de 24 horas, de acuerdo con el titular de un periódico que dice "Hasta mañana llegan los futbolistas". Como era de esperarse, mi idiolecto ha ocasionado que al-



gunos de mis paisanos me pregunten que de dónde soy.

El tomo final del *Atlas* (volúmenes 5 y 6) recoge el léxico que obtuvimos los exploradores mediante astutas preguntas indirectas que hacían que los informantes dudaran de nuestra cordura. Por ejemplo, para recoger las voces (mapa 614), preguntábamos algo como: "Oiga, ¿y cómo le llama a un pajarito que vuela muy rápido y tiene un pico largo y saca la parte dulce de las flores?", y la respuesta no se hacía esperar: "¡Ah!, pos aquí le dicemos chupaflor, chupamiel, chuparrosa, chupanosa, chuparroso, chupamirto, chupazar, chupazajar, chupita, chupiro, colebrino, culibrí, chupermito, guchichique, picaflor o viudita, pero m'hijo que ya va en secundaria dice que se llama colibrí". Eso confirmaba que —como dije antes en la parte epistemológica— los informantes cultos, o los que llevan ese rumbo, no son confiables, porque leen el diccionario académico.

Desde la primera encuesta que hice me llamó la atención la variedad léxica dialectal que íbamos encontrando. A riesgo de perder la objetividad, tengo que decir que sigue sorprendiéndome la cantidad de nombres que se recogieron en el *Atlas* para un pajarito que hace hoyos en los árboles (mapa 615). Fueron, además de pájaro carpintero, picapalo, picapiedra, picametate, picacuero, pitorreal, chejé, cho-

jó, chujum, cojote, cheque, chequecheque, cuacheche, chaca, chacá, chaco, ichaca, pacheco, chéjere, chénchere, chénchera, achénchere, chencher carpintero, tica, ticatica, tique, tiqui, tico, teco, ticostico, ticustico, ticusa, ticucuta, tiscotisco, tereque, querreque. A esta ya notable lista se añadieron -para quienes aún dudan de la riqueza del vocabulario popular- otros sinónimos menos frecuentes, como abachaca, barbiquín, bueyero, colonté, copete rojo, chica, chiíca, cholo, guachaca, huilotero, pico de canoa, picoduro, saltapadér, saltapurriche, tienta, tepalsote. Ante tal abundancia léxica, decidí investigar más a fondo el asunto. Compré un libro, A field guide to Mexican birds (por R. Tory P. y E. L. Chalif, Boston, 1973) y me convertí por unas horas en ornitólogo especialista en ese tipo de aves. Resulta que en el libro había dos páginas a colores llenas de pájaros carpinteros, todos con nombre y apellido en latín, como Dendrocopus scalaris, Centurus hipopolius, Piculus auricularis, Celeus castaneus o Campephilus imperialis. Así que me armé de ánimo y decidí hacer una nueva encuesta en Tamazunchale, mi tierra, donde no necesitaba viáticos para comer gratis. Allí pregunté a mis informantes: "Oiga, ¿cómo le llama usted al pajarito ese que hace hoyos en los árboles...?" Cuando me contestaban algo como: "Pos, carpintero..., o si no, cuacheche", yo sacaba mi arma secreta -el libro, que mostraba en la página correspondiente- y preguntaba: "A ver, dígame, ¿cuál de estos es?" "¡Ah caray! Pos... creo que el carpintero es este, este o este, y el cuacheche es uno de estos". Resulta que, de acuerdo con los informantes, los carpinteros eran los pájaros más grandes de plumas negras con copete rojo (como el imperialis); y los cuacheches, los más pequeños, sin copete y con rayas negras y grises (como el scalaris). Así comprendí el sentido de las segundas respuestas y, sobre todo, la diferencia entre la clasificación de la lengua técnica -más técnica y en latín- y la lengua natural -más natural, y en español o en préstamos de lenguas indígenas.

Lo de las segundas respuestas lo confirmé cuando vi que, por lo menos en el Distrito Federal –como creo que todos sabemos– llamamos guajolote al animal vivo y al que guisamos en mole, pero que, en cambio, si lo rellenamos para la cena de navidad, cambia al elegante pavo, tal vez porque muchos vienen de otros países del Tratado Norteamericano de Libre Comercio. Por supuesto, jamás comeríamos *tamales de pavo, y a nadie de nuestra familia se le ocurriría ofrecernos para la cena del 24 de diciembre *guajolote relleno escanciado con vino francés (por eso escribí las dos expresiones en cursivas, precedidas de asterisco). Ahora bien, resulta que en el Atlas (Mapa 643) el

animalito tiene, entre otros nombres, los siguientes: guajolote, totol, cócono, pípilo, güilo, curuco, chompipe, changorgo, güech, mulito, palache, tundo y –sorpresa– también pavo, en Yucatán (mapa 643).

Por otra parte, el mapa 691 me hizo comprender que, por vivir en la ciudad de México, yo había perdido la capacidad de ver las estrellas. Los informantes del Atlas, en cambio, no sólo las ven, sino que además se dan cuenta de que titilan, tintilan, tintinean, titilitan, tuitilan, tililan, palpitan, parpadean, parpabucean, cintilan, centellean, relampaguean, chispean, resplandecen, relumbran, aluminan, lucinan, relucen, destellan, brillan, fulguran, vibran, tiemblan, bailan, pipilan, reflejan, e incluso a veces brincan, farolean, florecen, fosforecen, fulminan, pululan, refulgencian o reverberan. Quienes deseen enriquecer su vocabulario pueden, además, consultar, entre otros, el mapa de "La roña, Tú la traes" (816), que también se conoce como la tiña, tentadas, toca toca, el tiñoso, agarra-agarra, salvapartido, pesca-pesca, quema-quema, la corretiada, la fiebre, la jedionda, entre otros sinónimos; el de "Beata" (795) o santucha, mocha, mojigata, comesantos, besatarimas, rata de sacristía, etc.; el de "Rayuela" (845), juego al que también se le nombra, por ejemplo, avión, tejo, chácara, bebeleche, piso, caracol o brincapié; o el de "Mantis religiosa" (621), mejor conocida con los nombres de campamocha, matacaballo, revientacabra, manto sagrado, Santa Teresita, fraile, zacatillo, quiebrapalito, tiendelamesa, traesueños, chicoperico y varios más.

Espero haber mostrado, así sea en forma superficial, la riqueza del *Atlas lingüístico de México*. No me cabe duda de que es un corpus fonético, morfológico y léxico que me atrevo a calificar de formidable. Todo esto se logró finalmente gracias al extremo cuidado de quienes prepararon los tomos y los mapas, y de quienes tuvieron a su cargo la edición en todas sus etapas. Desde las tablas de signos fonológicos y fonéticos –para estos, por cierto se incluye una lista sistemática y otra alfabética–hasta el último de los mapas se advierte un gran cariño por el trabajo, una actitud que me atrevo a considerar de obsesiva por el detalle. Gracias a ellos se logró la edición de los aproximadamente 55 kilos del *Atlas* repartidos en 6 volúmenes.

El Atlas está esperando a quienes deseen hacer un viaje por los sonidos y las palabras de México. No cabe duda de que con sus materiales se pueden realizar innumerables estudios sobre el español de este país. Y con esto termino porque tengo que ponerme a analizar algunos de los sinónimos que presenté. Muchas gracias. ©

Un texto sobre actos verbales deónticos*

omo en todas las disciplinas, en las que estudian el lenguaje y sus manifestaciones hay algunos temas acusadamente escurridizos o espinosos, según como se quiera asirlos. Tales son, por citar unos cuantos que no carecen por completo de vínculo entre sí, el del aspecto verbal y oracional, el de las expresiones condicionales y el de la modalidad. Acaso no salga sobrando señalar que entre los de difícil acceso la modalidad en sus distintas categorías figura en un lugar prominente. No siempre, sin embargo, lo azaroso de la empresa ha ahuyentado a los investigadores. Lejos de ello, en los últimos años se ha propuesto una muchedumbre de intentos de explicación, con desigual fortuna. A veces la pesquisa se enreda, o se empantana, no por la complejidad intrínseca del tema, sino por visiones parciales o confusión de conceptos o generalizaciones apresuradas o modos simplistas de plantear.

Hace una semana, durante el homenaje a Jan Bazant en la Sala Alfonso Reyes, Anne Staples destacaba la necesidad que experimenta el historiador de ver tanto los árboles como el bosque. A tal problema arduo, pero soluble, no son ajenos quienes procuran dar razón del lenguaje, aunque con frecuencia unos mismos árboles dan para diversos bosques, hasta dentro de una misma disciplina, y no sólo porque unos fenómenos idénticos o similares podrán ser abordados por la lingüística del texto, el análisis del discurso, la pragmática, la sociolingüística, la sociología del lenguaje, la retórica, la hermenéutica, la psicolingüística, la poética.

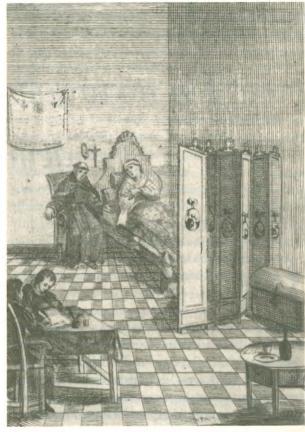
Es elemental comprobar que el objetivo primario de las personas de ciencia es comprender, aun cuando a menudo las mueve además el deseo de hacerse ricas, acumular poder, suscitar la admiración universal. No es imposible, claro, que las distintas metas coexistan más o menos pacíficamente.

En la búsqueda de comprensión que se decanta en La arquitectura lingüística del compromiso, me complace advertir la voluntad eficaz de negar que el mundo intelectual fue creado ayer. Signo de ello es el redescubrimiento de la Teoría del lenguaje de Karl Bühler, en gran medida -sígracias a la centralidad de la obra de Jürgen Habermas. Específicamente quisiera destacar la pertinencia de los aportes bühlerianos para el examen y la explicación de la modalidad. Dentro del CELL, a través de un modelo inspirado en aquéllos, Josefina García y sus discípulas y discípulos lo han venido demostrando desde hace unos años, en publicaciones de diversa índole y en cursos y seminarios. Sólo habría deseado que esta labor de rescate del sagaz médico y psicólogo bañense se viera acompañada por la revaloración de la Teoría del habla y del lenguaje, del egiptólogo Alan Gardiner, libro que el propio Bühler apreciaba, no únicamente por las coincidencias con sus puntos de vista. Todavía podemos aprender mucho de Gardiner, cuando deseamos captar la arboleda y los árboles concretos sin perdernos en la hojarasca.

Tener en cuenta a los grandes creadores no sólo nos ahorra el esfuerzo de volver a idear conceptos, hipótesis y teorías, o de sugerir perspectivas fecundas. Es verdad que las contribuciones de décadas o siglos pasados suelen irse filtrando en los trabajos recientes. Pero a veces ellas se van diluyendo y acaban por esfumarse. Y no hay garantía de que se va a volver a encontrar lo desaparecido. El fenómeno es análogo a la pérdida de algunas tradiciones artesanales. No siempre surge algo que las supla, ni siempre lo nuevo está a la altura del valor de lo antiguo.

^{*}María Eugenia Vázquez Laslop, La arquitectura lingüística del compromiso: las oraciones de deber ser, México, El Colegio de México, 2001, palabras leídas el 7 de mayo de 2002.





No niego de ningún modo la posibilidad de enfoques alternativos igualmente fructíferos al que se adopta en la investigación de María Eugenia Vázquez. Sin embargo, juzgo acertada esa triple óptica, esa presencia conjunta del plano de lo propiamente deóntico y de los dos planos ya destacados por Jakobson, trío cuyas relaciones se articulan en torno al operador modal deóntico en el acto de habla: es decir, en suma, el plano "de los participantes del acto deóntico (autoridad y destinatario)", el de "los participantes del hecho discursivo (hablante y oyente)" y el de "los participantes del hecho relatado (actantes)" (p. 106 y passim). Deseo recalcar que de las tres dimensiones la primera es la única cuyos referentes deben ser (o haber sido) de carne y hueso, por más que en ocasiones el que profiere el acto de habla y el que lo recibe, de haber receptor, puedan estar ocultos o ser dificiles de identificar. Los referentes que conciernen a los otros dos planos pueden corresponder a otro tipo de realidad o pueden ser imaginados sin más. Es cierto que también podemos inventar hablantes y oyentes dentro de un discurso, pero ellos ya no serán los hablantes ni los oyentes que participan en ese discurso. Es posible, desde luego, construir múltiples encapsulamientos o niveles, cada uno con un tipo determinado de referente en los tres planos.

En ese entreverarse de ficción y verdad que son los juegos de niños, un participante de once años propone a sus compañeros, usando el imperfecto: "Yo era el rey y ustedes eran mis vasallos". Si los demás aceptan, el que funge de rey dará instrucciones, prohibirá, permitirá, prometerá... Por supuesto, hay cierta semejanza entre el jugar y el actuar propio del teatro. No es casual que en francés, alemán e inglés, entre otros idiomas, para significar la acción de desempeñar un papel se eche mano del verbo con el que los hablantes se refieren al juego puro y simple, ni que en inglés una obra teatral se denomine play, o, en el sentido específico de comedia ligera, Spiel en alemán. Claro que en las artes escénicas no se trata por fuerza de pura diversión. Piénsese en las tragedias áticas que han llegado hasta nosotros, digamos Los persas de Esquilo, obra de hondo contenido religioso.

De manera semejante, es posible referirse a algo sucedido, pero no del todo real, por lo menos si nos atenemos al mundo de la vigilia. Pongamos por caso que alguien relata un sueño –tal vez una pesadilla–, empleando también el





imperfecto, como es de rigor: "Yo era el rey, y estaba obligado a escuchar todo el santo día las quejas de los cortesanos".

No obstante, todos concordarán en que los actos deónticos, si bien a veces presuponen la irrealidad, siempre presuponen la realizabilidad, que a su vez (pre)supone genéricamente la realidad.

En cuanto al tratamiento en sí, gran parte de la discusión teórica de *La arquitectura lingüística del compromiso* me resulta indispensable, lo cual no obsta para que me parezcan especialmente dignos de interés los análisis de los tres *corpus* (o *corpora*, en el decir de los elegantes): los materiales del DEM, la entrevista radiofónica a los dos personajes de la vida política y una muestra de las deliberaciones del congreso de la UNAM en 1990. Sobre estos dos últimos textos extensos la autora se pronuncia brevemente en la Introducción (p. 23), calificándolos de "argumentaciones sobre cuestiones éticas y morales, propias de las sociedades democráticas". Entiendo y comparto el entusiasmo con la democracia y sus instituciones y las prácticas que la caracterizan. Pero

naturalmente para dar cuenta de la acción comunicativa en toda su diversidad es necesario ir más allá. Ha de tenerse presente que ese tipo de argumentación no es exclusivo de comunidades regidas por instituciones democráticas, aun cuando puede que en ellas florezcan y se multipliquen. No pienso, con algunos, que en el fondo la democracia no representa diferencia alguna de peso para las sociedades. Todo lo contrario. Es más: si bien la democracia no es algo que en la historia de las sociedades haya sido predominante, vale la pena reconocer que, en el seno de comunidades muy dispares en otros aspectos, el ejercicio de prácticas democráticas no ha sido excepcional, por lo menos en esencia, aun cuando dichas prácticas hayan asumido formas diferentes a aquellas que nos son más familiares.

A mi modo de ver tiene sentido establecer cómo difieren las sociedades en el ejercicio de la modalidad deóntica o de otro género, pero para lograrlo es menester conocer los conglomerados humanos en toda su variedad, lo mismo aquellos donde básicamente gobierna el pueblo que los sujetos a regímenes autoritarios. €



México y España en el primer franquismo, 1939-1950¹

s ésta una obra de gran interés para cualquiera que se pregunte sobre las relaciones entre México y Es-✓ paña en el siglo xx, sobre todo a partir de la época posrevolucionaria en México. El periodo abarcado por los ensayos que se reúnen, compilados por la doctora Clara E. Lida, es bastante preciso, de 1939 -cuando triunfa la revuelta militar en la que participaba Franco contra el gobierno legítimo de la República española, con toda clase de intervenciones extranjeras en la guerra civil iniciada en julio de 1936 y durante los prolegómenos de la segunda Guerra Mundial-, y 1950, todavía a 25 años del fin de la dictadura franquista. La segunda fecha parece haberse elegido en función de la documentación disponible para medir la emigración española a tierra mexicana, tanto la motivada por las razones políticas y de seguridad personal y familiar, como la tradicional, ya muy reducida, y por las actitudes e intentos del régimen franquista por establecer una relación formal con México.

El año de 1950 fue en México, por cierto transcurrida la mitad del sexenio del presidente Miguel Alemán, un año de recuperación económica, con los efectos internacionales de la guerra de Corea, mientras en España parecía haberse estado consolidando el régimen de Franco en lo interno, frente a nuevas circunstancias internacionales tanto políticas como económicas. El resurgimiento democrático de posguerra en Europa occidental y las primeras orientaciones multilaterales para el cumplimiento de la Carta de las Naciones Unidas determinaron el panorama externo en lo político. Y en lo económico lo dominante

Tal vez habría sido útil para el lector que la acuciosa investigación hecha por los autores de los diferentes ensayos hubiera sido acompañada de algo sobre este contexto histórico, que cada quien recordará e interpretará a su manera. En todo caso, las investigaciones concretas son de gran valor y aparecen, creo, algunas sorpresas.

Mi propio contexto histórico me fue dado por el hecho de que entre 1936 y 1940 estudiaba yo la licenciatura en Economía en Londres, o sea muy cerca de los acontecimientos prebélicos de Europa, con especial conciencia de las consecuencias de la guerra civil de España. Había vivido en Madrid desde febrero de 1935 hasta mayo de 1936. Nuestra familia aprendió a amar a España (pese a que en la escuela en México se nos había enseñado lo contrario). Sin embargo fuimos también testigos de las rupturas que vendrían y que al fin se hicieron insalvables a partir de julio de 1936. Mi padre ocupaba el cargo de Ministro Con-

fue la recuperación industrial europea con el apoyo del Plan Marshall, el principio de la rehabilitación de Japón y el aumento del comercio internacional en general. La España franquista se enfrentó a condiciones de poco aprecio internacional en lo político y de escasas posibilidades en lo económico. Por otro lado, la guerra fría había ya empezado, y la posición geopolítica de España empezaba a desempeñar un papel en las estrategias de seguridad de Estados Unidos y otros países. Seguramente México, tan desconocido en Europa y aun en España, y tan distante, se veía como un refugio seguro por gran número de españoles de la República, especialmente ante las amenazas de una guerra mundial; y fue en efecto un territorio seguro y acogedor no sólo para los emigrados españoles sino para otros que provenían de las democracias euro-occidentales, que huían del dominio nazi.

¹ Clara E. Lida, compiladora, *México y España en el primer franquismo, 1939-1950. Rupturas formales, relaciones oficiosas*, México, El Colegio de México, 2001, 285 pp.



sejero de la Embajada de México en la España republicana, que desempeñó hasta 1937, encargado plenamente de los asuntos pertinentes, entre ellos el asilo a quienes lo pedían, la protección de ciudadanos mexicanos, la búsqueda de alojamientos para el gran número de asilados, su alimentación, su seguridad, etc.; él y mi madre tuvieron que ocuparse diariamente de estas tareas, aparte de que ella prestaba servicios voluntarios como enfermera en un hospital. La situación en Madrid se deterioraba y las representaciones diplomáticas y parte del gobierno se trasladaron a Valencia. En marzo de 1937 mis padres salieron de España, al decidir el gobierno mexicano poner en disponibilidad a todo el personal de la Embajada y ordenar su retorno a México, dejando en su lugar a un nuevo embajador, que llegó con sus propios funcionarios. Ello fue en gran parte el resultado de chismes y de informes que mandaban directamente a México personas que sólo pueden calificarse como espías perversos de algún sector del gobierno mexicano. Ignoro cómo funcionó la Embajada en Valencia hasta 1939 o cómo se cerraron sus oficinas al decidir el gobierno de México mantener reconocimiento al gobierno en el exilio de la República. México ya había anunciado su acogida a los exilados, y ese mismo año empezaron a llegar los primeros contingentes importantes. A mi regreso a México en septiembre de 1940, concluidos mis estudios, reanudé mis contactos con familias emigradas de la República española, y por mi asociación temprana con actividades de El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica, con muchos de los profesores y otros intelectuales que llegaron a La Casa de España en México.

El libro ha tenido para mí algunas sorpresas. La primera, de orden personal, al enterarme por los documentos españoles consultados por los autores de los diferentes ensayos, de que en las gestiones que hacía en los años cuarenta el gobierno franquista para recuperar el reconocimiento mexicano intervenía un embajador de nombre José María de Doussinague, alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores. Es la persona que me enseñó a leer en Bogotá, Colombia, en la Legación de México que mi padre tenía a su cargo, hacia 1923 o 1924, siendo el señor De Doussinague secretario de la Legación de España y adicto amigo de mis padres. Recuerdo ese episodio con cierta imprecisión, como es natural. Pero a fines de 1952, en Santiago de Chile, estando vo durante algunas semanas colaborando en un estudio de la CEPAL, me enteré de que el Embajador de España ante Chile era esa misma persona. Lo fui a saludar, y tuvimos una conversación afectiva, amplia, pero de la cual ninguno de los dos cedió en su posición política -él en defensa del régimen franquista y yo en la actitud absolutamente contraria.

La segunda sorpresa la encuentro en las varias referencias en los capítulos del libro a las personalidades mexicanas, tanto del mundo político como del profesional, el intelectual y académico, el empresarial y el artístico, y el religioso (habría que agregar el taurino, sin duda) que durante el periodo estudiado, o sea en esencia los años cuarenta, simpatizaban con el régimen franquista y mantenían contactos con representantes de la Embajada de España en Estados Unidos o directamente con funcionarios y empresarios españoles. Las autoridades franquistas veían a México como un eslabón importante en sus relaciones con el resto de América Latina, que según ellos, sobre todo México, iba cayendo en la órbita norteamericana, cuando debería haber, a su juicio, un acercamiento a la España de la Hispanidad y anticomunista. En algún momento de 1942 o 1943 tuve en mis manos un informe de la Embajada de Estados Unidos en México acerca de las actividades de los falangistas de España en territorio mexicano, sus conexiones con muchas de esas personalidades mexicanas, y las posibles relaciones con elementos nazis. Recuerdo, y ahora veo confirmados, muchos de los nombres, con referencias concretas a lo que escribían y decían. Se cita también en el libro el testimonio de un "ex secretario" de la Embajada de México en España —por alguna razón no explicada, todavía residente en España en 1941—, quien informó a los franquistas que el presidente de México era "admirador sincero" de Franco, y que preveía posibilidades de acercamiento entre México y España. Lo que no se aclara es que esa persona, un señor Nivón López, además de ser uno de los espías incrustados en la Embajada de México en 1936 y 1937, no tenía ninguna autoridad moral siquiera y había dejado un rastro de tropelías y abusos en contra de los asilados en la Embajada.

Se admira uno, por cierto, de que no se hayan valorado en Madrid durante los años cuarenta las nuevas circunstancias que determinaban la política exterior de México, entre ellas el apoyo de México a la economía de guerra de Estados Unidos, las relaciones específicas con este país, y en mayo de 1942 la declaración de guerra de México a las potencias del Eje, así como la situación política por la que atravesaba el país en esos tiempos de barruntos democráticos frente a la supervivencia de poderosos grupos y caudillos locales.

En junio de 1942, por cierto, México participó en una conferencia interamericana en Washington por la que se comprometió a legislar para el control de los bienes del enemigo, o sea empresas y cuentas bancarias de ciudadanos alemanes, italianos y japoneses. En 1943 y 1944 México empezó asimismo a participar en conferencias internacionales multilaterales para el orden internacional de la posguerra, entre ellas la de Bretton Woods, de julio de 1944, por la que se creó el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. En ambas me tocó participar.

Cabe citar asimismo la Conferencia Interamericana de Chapultepec, a principios de 1945, de la que salieron los puntos de vista de los países latinoamericanos para la Conferencia de San Francisco que dio lugar a la Carta de las Naciones Unidas y al establecimiento de este gran organismo de cooperación internacional en lo político, lo social y lo económico para la posguerra. Las autoridades franquistas, según se lee, vieron en la Conferencia de Chapultepec un pleno predominio de Estados Unidos y muchas intrigas de políticos de la República española en el exilio contra los intentos de injerencia del gobierno franquista. Dieron poco valor a la participación de los propios latinoamericanos, entre ellos políticos eminentes, o aun de las posiciones mexicanas, que no necesariamente concordaban con las de Es-



tados Unidos y en muchos aspectos señalaban importantes enfrentamientos, sobre todo en materia económica. Es evidente que los comentarios de los funcionarios franquistas representaron una visión muy limitada de los objetivos y la dinámica de esa conferencia, y revelan poca acuciosidad y aun mala fe. Puedo afirmarlo porque a invitación de la Secretaría de Relaciones Exteriores, tuve la oportunidad de actuar como secretario de una de las comisiones sobre asuntos económicos, y estuve bastante bien enterado de lo que se trataba en las demás y en el conjunto de la conferencia. Hubo después influencia importante de los países latinoamericanos en la redacción final de la Carta de las Naciones Unidas. Ignoro si se haya hecho una evaluación minuciosa de la Conferencia de Chapultepec desde el punto de vista mexicano; sería buen tema de investigación para algún historiador.

La España de Franco se mantuvo al parecer neutral durante la segunda Guerra Mundial, pero sus simpatías por el nazismo y el fascismo no se ocultaron, lo que tenía que afectar las relaciones con México. No obstante, México no estaba en estado de guerra con la España franquista, por lo que tampoco existían impedimentos formales a los contactos directos entre intereses económicos, o los de carácter turístico y artístico, entre los dos países. Se cita en el libro que México mantuvo abierta la posibilidad de inmigración de ciudadanos españoles, así como de visitantes. Es impresionante la lista de los consulados mexicanos en diferentes partes del mundo (p. 238) que estaban autorizados para extender visados a los españoles. Al establecerse comunicación aérea con Madrid por una empresa mexicana y otra española, la necesaria escala en Lisboa permitía a buen número de viajeros españoles recibir su visado de turista en el aeropuerto de esa ciudad, a las tres de la mañana, sin interrumpir su viaje. El Cónsul mexicano encargado de esa tarea, Arturo Alsop Vila, de origen veracruzano, había sido cónsul antes en la Embajada en Madrid, de manera que lo conocíamos bien como amigo, y por cierto era hombre de intachable conducta como funcionario. Cuando venía de vacaciones a México tuve oportunidad de tratarlo y de recordar viejos tiempos. Una vez me informó que para evitar las desmañanadas en el aeropuerto de Lisboa, se habían hecho gestiones que permitieron abrir en Madrid una agencia consular oficiosa mexicana para la extensión de los visados. Esto no se menciona en el libro, pero sería interesante investigarlo en documentos. En alguna visita a Madrid en los años sesenta o con posterioridad tuve ocasión de saludar a Arturo Vila en sus oficinas cerca de la Puerta del Sol. Arturo Vila, ya jubilado, falleció en Madrid.

Para viajar a España, los mexicanos necesitábamos a nuestra vez acudir a la agencia oficiosa española en la Colonia Roma, donde se nos extendía el visado previo pago de la cuota fijada por el gobierno español. En 1960, yo la obtuve, pues no aguantaba ya las ganas de volver a Madrid, aunque fuera como turista por dos o tres días, aprovechando un viaje a la UNESCO en París. Encontré un Madrid bastante animado y muy barato. En autobús hice una breve visita a Toledo; en el vehículo iba un mexicano joven de Guanajuato, que me confesó que regresaba de inmediato a México porque "no se hallaba" en España. Mi primer regreso a España había sido en realidad en agosto de 1959, cuando pasé en auto por un estrecho camino desde el país vasco-francés hacia Navarra, creo que con sólo presentar el pasaporte a los ojos de la Guardia Civil, o con un visado obtenido en Ginebra, tras largos trámites, para pasar unos días en Euzkadi. No creo que fuera yo el único turista mexicano en la España de aquellos días. Supongo

en todo caso que en esa época el tráfico turístico o el comercial carecían de importancia. La principal exportación mexicana a España seguía siendo el garbanzo, vía Cuba. El cine y los toros posiblemente representaron movimientos financieros de alguna magnitud.

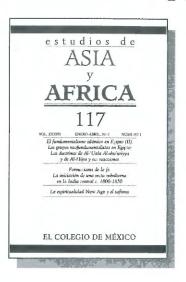
En resumen, los años cuarenta en México fueron una época de convulsiones políticas, de nuevas definiciones en política exterior, de apoyo a los mecanismos multilaterales de las Naciones Unidas. Y México, con su interpretación de la Doctrina Estrada, siguió fiel a la República en el exilio. México tardaría en encontrar nuevos caminos a su desarrollo, y no es imaginable que pensara en España como país que cooperaría en esa tarea ni le sirviera como modelo. Los mismos españoles, según se deduce de los ensayos, dejaron de presionar.

Por otro lado, México absorbió a varios miles de exilados de España, desde 1939 en adelante. Estábamos acostumbrados a pensar que fueron unos 30 000 los inmigrados; por ello sorprende leer que escasamente fueron 17 800 (sin contar a los menores de 15 años) según los registros consultados por la doctora Lida en los archivos mexicanos, de los que 56% se registró entre 1939 y 1942. La misión en Francia del ministro Luis I. Rodríguez llevaba instrucciones de ofrecer asilo a cantidades mucho mayores. ² Como quiera que sea, es asombrosa la variedad de ocupaciones representada aun en el análisis de la muestra de 10% de los registros que se presenta en el apéndice al ensayo de la doctora Lida, desde abogados a zapateros (pudiera haber márgenes de error no señalados).

De los beneficios de la inmigración, no hay duda alguna, pese al ambiente político, a veces caldeado, en que se discutía el tema en los años cuarenta en México. Y cabe recordar, como siempre, el beneficio académico que resultó para México, como lo atestigua la creación de La Casa de España en México y la posterior de nuestro Colegio de México. En los años cuarenta, y asimismo posteriormente, El Colegio organizó cursos, seminarios y programas editoriales, su biblioteca, con la participación de destacados maestros e intelectuales transterrados, que dejaron profunda huella en la institución y establecieron relaciones de gran afecto. ©

² Véase Misión de Luis I. Rodríguez en Francia: la protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940, México, El Colegio de México, 2000.

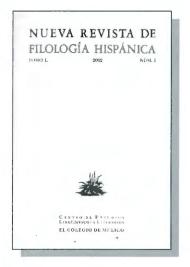
PUBLICACIONES PERIÓDICAS

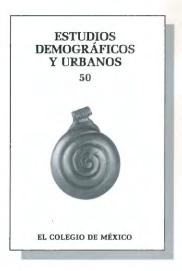












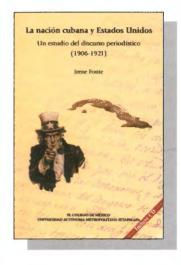


EL COLEGIO DE MÉXICO

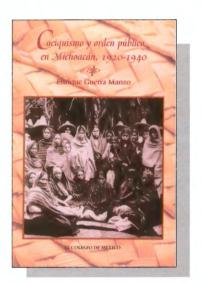
El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



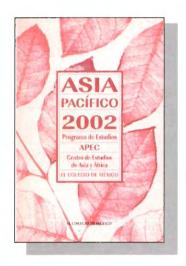
NOVEDADES

















EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx

